DOS NOVELAS DE ZAMORA VICENTE: *VEGAS BAJAS* E *HISTORIAS DE VIVA VOZ*

Odón BETANZOS-PALACIOS
Academia Norteamericana de la Lengua Española

Me adhiero con gozo al homenaje
que amigos y alumnos le rinden
a Don Alonso Zamora Vicente,
narrador de fuerza y clase,
investigador de honduras y hombre
de bien sensible hasta el espanto.
Y todo ello en un solo ser.
Felicidades y abrazos. OB-P

Vegas bajas: Novela de Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente es un lingüista bien conocido y respetado en el mundo hispánico pero es, sobre todo, novelista de calidad y como novelista de primera línea publicó, hace poco, *Vegas bajas*. No sé la acogida que novela de tanto mérito haya podido tener en su ámbito pero sí sabré decir que se trata de una de las mejores que se hayan publicado en español en los últimos tiempos. Todo esto sin decir los porqués podrá parecer aventurado así que vayamos, sin más preámbulos, al meollo de la novela y, de esta forma, los lectores de ella podrán coincidir conmigo en afirmación tan a rajatabla.

El personaje es un pueblo todo de las vegas del Henares, supongo (San Miguel de las Vegas Bajas dice el autor) y por lo que cuenta, río, pantano y estación de ferrocarril, en la Alcarria. No es una aldeilla perdida; pueblo con cierta solera y con ciertos visos de historia parece. Si el personaje colectivo es el pueblo que nombra, por extensión es la España del presente, pasada la dictadura, la transición y los diálogos iniciales de partidos con que se afianza la Monarquía Contitucional y son elegidos los gobernantes en elecciones libres.

Y entra, de lleno, Zamora Vicente en el pueblo escogido (verdadero o imaginado) y deja hablar a los seres que viven, sienten, laten, sufren o se esperanzan. Observa; deja hablar y cuenta. Y es en el contar donde se llega al tuétano de nuestros males milenarios o a nuestras

esperanzas eternas. Si es un pueblo castellano el elegido, por su gente en el decir, España es la que se manifiesta. Zamora Vicente se esconde entre personajes modelados con trozos perfectos en el correr de las historias. Tal parecer que pesa los pesares; ve las intenciones; acumula historias de vivires y en el dolor de los nuestros sufre o con la esperanza corta respira cuando puede.

Un año de vida contada de un pueblo pero el año va hacia atrás (historia) o hacia adelante (esperanza). La estructura de que se vale es sencilla: las cuatro estaciones del año. El ambiente que se respira es el del pueblo escogido, con saltos a la gente del pantano con los vicios nuevos que le nacen. Pueblo y pantano: el pueblo que permanece estancado en sus males pero también en su verdad, quiero decir en su historia; en el pantano los de la nueva clase, superficial en las riquezas y superficial en las insubstancialidades.

El mundo español en la novela de Zamora Vicente queda pintado con brochazos de verdad. Desde las influencias extranjeras tan sin nombre y tan sin sentido a los males naturales nuestros, agrandados por nuestras propias ineptitudes; desde la juventud vacía, superficial y pedante a la estudiosa y preparada por el saber de verdad y por las razones del saber en la verdad. Cala, llega, Zamora Vicente a esos personajes, nobles e innobles, que por el pueblo se mueven, dialogan y viven. Estos personajes están cargados de humanidad, de continuidad de nuestra misma pasta: la joven noble, Margarita deshojada, que los padres le escamotearon el hijo nacido sin la bendición clásica; el huérfano sin apellidos, cartero, que bien puede llamarse Manolín o Miguelín pues en un huérfano en el abandono todo es posible; la ambición en astucia de los nuevos comerciantes, llámense Timoteos o llámense Ramonines; el alma sencilla del alguacil que carga, la lejanía de los hijos que trabajan en el extranjero, con el reuma en la pierna que arrastra.

Las historias se entrecruzan; las almas se estremecen; la bondad, cuando se halla, toma asiento; la perfidia se estanca; el daño, la religión incrustada, la política en enredos, el loco desvarío de un pueblo que se hace patria y nos conmueve en la idealidad o nos hunde el pozo de los estancamientos. Una gracia natural inunda con sus sorpresas y singularidades; un fino humor avanza y avanza; la sátira es frontal y la crítica, cuando se necesita, más frontal todavía. Pero la sátira o crítica es en nobleza: es decirnos cómo somos o hemos sido para que seamos. La lengua es de encanto. Prevalece la coloquial. El autor se amolda al nivel del hablante. La lengua, tan bien manejada, es materia que se hace dúctil. Zamora Vicente aporta a la lengua las voces de las juventudes que critica. Por otro lado toda la riqueza escondida de los pueblos de España emana; tal parece que la lengua deja de serlo para convertirse en entrañas que hablan. Son voces que se pierden porque las prisas y el auto adormecen lo que nos enraíza, identifica y define. Riqueza que es en sí acumulación de decires para nombrar los accidentes que nos cercaron, vivieron o nos sigue viviendo todavía: ánimas, costumbres, historias, sentimientos.

El círculo de un pueblo de España le da pie a Zamora Vicente para entrar, de lleno, en las almas. La limitación en el espacio es, sólo, modelo o norma para imaginar y decir cómo es España. No hay en el autor la voz patriotera que hace continuidad; hay, sí, la voz de llamada, de atención, de freno necesario. Es una voz enteriza y bien modulada que, con el decir colectivo, dice verdades como templos o señala posturas y formas que nos tienen inmovilizados.

Esa lengua coloquial de almas y esa lengua culta cuando el culto o inspirado habla, tiene los matices y la variedad de lo bueno y selecto de nuestras letras. La acumulación en el decir arrastra al lector al sentimiento o a la emoción. Lo mantiene en gracia, lo sujeta, lo retiene y gana. Siendo en su mayor parte lengua coloquial la usada, no podrá leer la novela cualquiera pues es de tal intensidad y novedades, lo que en ella late que necesitarán paradas para la total comprensión.

Zamora Vicente, hombre abierto en la amplitud, es —y por estas *Vegas bajas* me aseguro— un solitario. Solitario en el pensar y solitario en el decir. Si la simpatía que le mana y la rectitud que lo marca dan su imagen y retrato, por su obra es otra cosa: es el que siente con la inmensidad de todos nuestros dolores, antiguos y modernos y el que se alboroza cuando una chispa hace que nazca la ilusión.

Hay en esta novela de la *Vegas bajas* realidad retratada e imaginación en tensiones. Está al tanto, además, de todo lo creado últimamente en narrativa y así se aprecia y comprueba cómo mezcla lo simbólico con lo real; lo mágico con lo usual; la leyenda con la historia; el mito con la realidad y lo diario y, por diario, corriente en su continuidad. No hay acontecer español que se escape ante su conciencia y recuerdos: la guerra, nuestra guerra civil sangrienta e innecesaria, en primera fila. Las pasiones humanas; los desvíos de los seres; el futuro incierto (a lo nuclear me refiero); la brutalidad que se cubre con continuidad; los niñatos que atropellan en el hablar y en el actuar; lo pedestre y triste en la pobreza intelectual de algunos sectores de nuestra sociedad; las ambiciones nuevas creadas al socaire de tanta información para un consumismo globalizado; las habladurías, los velorios, las procesiones, las plantas medicinales, el clero estancado; aquelarre, amalgama de pasado, presente y, por presente desnivelado, futuro incierto.

Por el estudio y el saber, la salvación en libertad. A ese frente intentamos llegar los de la libertad con el respeto al semejante y con el orden en el progreso.

En ese avanzar está —debe de estar— nuestro futuro. Por la novela lo perfila Zamora Vicente al intentar adentrarse en sentires y pensamientos. Deja hablar al estudiante preocupado en el saber, Chucho, hijo de Timoteo, vivales y comerciante tunante: «El novelista ha de ser el dueño de todos los sentimientos y de todos los pensamientos». Zamora Vicente se aferra, así, a sus sentires con las palabras de unos de sus personajes. Pero con sus propias palabras el concepto global de sus ideas se aclara totalmente: «una novela que fuera un gran fresco de esta gente nuestra, tan desorientada, tan cínica y, sin embargo, estupenda, atravesada de una bárbara necesidad de ternura...».

Novela de gran mérito esta *Vegas bajas*, de Alonso Zamora Vicente con la que tendrán que contar, quieran o no quieran, pues se enriquece con ella la nueva narrativa en lengua española.

«*Historias de viva voz*, de Zamora Vicente»

Están ustedes ante un libro singular, rico, denso, popular y noble. Miren y vean cómo se combina lo popular y lo noble. La nobleza de la que hablo es de otra clase: la que nace de la sabiduría, la autenticidad y del trabajo intelectual responsable e intenso. Libro en el que el coloquio manda pero bien atendido por el saber y el decir. Lengua que tiene ángeles conductores que vuelan porque tienen alas pero, al mismo tiempo, respiran y se mueven dentro de una sociedad y pueblo. Es España la que habla y de España, esa lengua viva, intensa, chispeante y decidora del Madrid crisol de pueblos.

Son hechos e imaginaciones los que se cuentan en estas *Historias de viva voz*, de Alonso Zamora Vicente. Las veo como prolongación de otras del mismo autor *(Vegas bajas, Banquete)* en ese lenguaje coloquial del que Zamora Vicente es maestro insuperable. Ya quisieran, maestros que se dicen maestros, acercarse siquiera al mundo relampagueante y medular del autor que tratamos. Siempre hay un interlocutor en estas historias tan bien medidas, tan bien ideadas y dichas con gracia en sorpresas y con intencionada sabiduría pero que las pasa como si no llevaran sabiduría. Habla la experiencia, se dice la agonía, se superponen las acciones. El resultado es una prosa rica, enroscada, cálida y acumulativa. Y una observación: para calar hasta

la médula de estas historias hay que estar preparado no sólo para entrar en la lengua coloquial sino también para adentrarse en los mundos y sobremundos que, de muchas formas, mandan y determinan en la decisión creadora del autor.

Aproximémonos al mundo en el que se sumerge Zamora Vicente, desde el que asciende y en el que respira por vocación y encanto. Sorpresas sobre sorpresas en la lengua. Podrá ser la novedad en la familia ante el nuevo coche bueno al que se quiere cuidar como joya; pueden ser los hechos acumulativos en la representación de la Fiesta de Santa Teresa por los niños en la escuela, representación que acaba como en diez rosarios de la aurora encadenados o podrá ser la gracia en reflexión del indiano sensato y responsable que regresa rico y la familia cursi e insubstancial que le mana. Así los gastos sin tino de la familia que nunca trabajó. Al hacerse el muerto comprueba lo cruel y vacío de la familia que lo asaeta en gastos y falta de amor.

Belleza siempre en la narración. Sorpresas en el decir; «sintaxis de la emoción»; expresiones que marcan realidades en «cominerías» o trascienden en su color cuando «unas acacias estrenaban su verde aprendiz». Hay en Zamora Vicente, siempre, como en Cervantes, un elogio e identificación con la libertad; un conocimiento intenso de las tragedias del diario vivir; un hálito tenue en chispas de alegrías repentinas que poco a poco se deshacen. Hay, siempre y también, la sátira finísima que hace parar al lector porque la risa en lágrimas lo gana, como en Cervantes; sorpresas en la imaginación de nuestro autor que nada tiene que envidiar al judío checo de lengua alemana Franz Kafka. Ahí está, para demostrar el aserto, ese escorpión con ojos azules, grandote en la exagerada visión de la Lolita, hija del rico Chucho Bertoldino que ante el horror del monstruo hace cercar la casa y movilizar a la nación en peligro.

Agilidad, tino, sorpresas repentinas, impensables, que van situando cada historia, material en sí para múltiples ramificaciones: la madre fumadora a la que un pasajero le hace notar que el chico de cinco meses, al que le da teta, echa humo por la leche de la madre fumadora. Pienso que Zamora Vicente tiene una visión real del vivir pero con una carga de humanidad y consolación que intenta guardar —mejor, esconder— con accidentes tristes de la vida. Ahí esa historia en la que muere el abuelo que sabía jugar con los nietecitos; se van los hijos y ya la vida no tiene sentido para la mujer de la casita. Aquí, ante la soledad y el rayo, hay una noble y dulce tristeza al ver que «las hojas se desprenden con un frágil susurro de oro aprendiz». De todo ello ese sabio decir por experiencia o esa experiencia por haber vivido mucho e intenso: es malo tomarle gusto a cosas y seres porque todo resulta como un mal sueño ya que «llevamos la muerte cosida a los talones, pero se nos olvida».

La carga del humanidad del autor va goteando a cada paso. Podrá ser el Julianito, hijo bueno de la Señora Ramona en el pueblo serrano. Trabaja con la madre desde chico; fiel a la madre y fiel en el trabajo de la tienda. Ese guardar figuritas de Navidad que pagaba. Ese acumular figuritas para hacer, ya jubilado, el Nacimiento completo al que le faltaba algo y es el nieto el que le trae ese algo: la nieve de la calle. Es esa lengua viva y testimonial de la Cuca y la Paqui, domingueras de mochila, deshojadas por los años y por las estrecheces que buscan la contrapartida con el hombre en las salidas. Confesiones, diálogo, aire que se respira, tranqueteo del tren, oídos atentos ante el decir de las dos mujeres; dolor en la pobreza, ignorencia, verbo ágil con respiración y la música de fondo de «ese jodío niño que berrea»; la visión desde la ventanilla del tren, de la parcela y casita con jardín ofrecida por el político de turno.

Hay, pienso que hay, mucho de la biografía del autor, cambiando, alterando, difuminando, en todo lo que escribe. Están en su obra sus deseos más queridos y sus tristezas más tercas. Están sus pensamientos más enraízados y sus conclusiones más meditadas. Están esas historias sorprendentes, como la de los padres que compran y compran ropas y regalos de niño mayorcito y que la madre da a luz pero muerto. Está la crítica seria y directa de la sociedad, las costumbres

y la política pero todo visto en luz personalísima y dicho con una sátira fina, mejor, finísima. Sobrevuela un hálito de dolor en la esperanza mezclado con la historia como en el caso de la empleada del teléfono, Julieta, que recuerda a su novio Flores, soldado muerto en el desastre de Annual. Un hilo de pena y desconsuelo siente el lector ante la señorita Cinta, catalana ella, profesora de solfeo. El marido, castellano, se fue y lo esperaba en la soledad, el vacío, el recuerdo y en la locura.

La experiencia y el saber se conjugan en el decir. Ese es el mérito grande del autor: así salen los engaños por los encantos de la feminidad; los inventos ideales para repoblar, en armonía, los universos; las desgracias del niño que acarrea desgracias por donde pasa y vive; el enfrentamiento entre lo natural de la vida y el artificio que han hecho de ella; la poesía que emana de esas cintas de seda de dos dedos, pasada por la estatua de San Blas, que puestas en el cuello nunca se tiene catarro; la crítica punzante al ignorante y ramplón candidato a la concejalía; los extremos a que llegan los gastos de las Autonomías teniendo como base a un héroe inventado; las moditas creadas por la sociedad de consumo. Hasta los ángeles protectores los ve diferentes según el trabajo que sus protegidos hacen; los tecnócratas, en su apartado hacer, se ven como distanciados de la vida y lo peor de todo, del hecho mismo de vivir. Queda un dejo de amargura al final cuando en el bien vivir entre seres queridos siempre falta algo: lo que falta es la muerte.

Es un libro creado en el bien por un autor de calidad y serio que descubre, a cada paso, la falta de autenticidad en el vivir y lo efímero de las glorias y la felicidad humana. La gracia natural del autor es en sí como personaje real. Como personaje, también, camina la tragedia. Allá en lo alto está el autor viendo —y sintiendo— con amor y dolor el pasar y penar de las criaturas. Libro a mi manera de ver bueno, muy bueno.